

César Augusto Ayala Diago. *Resistencia y Oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los Orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO)*. Santafé de Bogotá: Colciencias, Cindec, Universidad Nacional. 1996. 371 páginas.

La obra objeto de la presente reseña se publica un año después de la aparición del libro: *Nacionalismo y populismo. ANAPO y el discurso de la oposición en Colombia 1960-1966*, del mismo autor y que se refiere al período anterior al cubierto por el libro que aquí comento. Ambos trabajos, así como los numerosos artículos de César Ayala sobre el mismo tema, han sido producto de un prolongado esfuerzo de investigación sobre la historia política colombiana de la segunda mitad del siglo XX y han tenido como eje el estudio del populismo colombiano. En *Resistencia y oposición*, el autor elabora una representación del proceso político que vivió el país entre comienzos de los años cincuenta y mediados de los sesenta. Los orígenes de la ANAPO, sus elementos constitutivos, su fundación y los primeros desarrollos de su parábola política constituyen el problema central de la exposición.

De manera clara el autor presenta los resultados de la exploración de las diversas corrientes que confluyeron en la etapa antecesora de la ANAPO: el gobierno de Rojas Pinilla entre 1953 y 1957. Tendencias como la conformada por el núcleo supérstite del gaitanismo, El Movimiento Socialista de Antonio García, el corporativismo de raigambre ibérica encarnado en el pensamiento de Lucio Pabón Núñez, el controvertido Ministro de Gobierno de la Dictadura, son corrientes de ideas y grupos de gente que entran en animada danza a propósitos de los intentos del régimen por crearse una base política propia. El MAN, La Tercera Fuerza, el Nuevo Orden, son las denominaciones que sucesivamente dan cuenta de ese empeño febril.

Hacia comienzos de 1957 quedó flotando en el panorama político un enorme globo llamado el binomio Pueblo - Fuerzas Armadas, como blanco de las cargas cerradas del Frente Civil bipartidista bendecido por la jerarquía eclesiástica y aupado empeñosamente por los gremios empresariales.

El lector encontrará diversas explicaciones del autor sobre el fracaso de la dictadura en su objetivo de crear un movimiento, alianza o partido. Me llamó la atención, una en particular, que encierra una debilidad interna básica: Rojas, el protagonista fundamental de tales intentos es un hombre atado por fuertes lazos de distinto orden: afectivos, ideológicos y políticos con el Partido Conservador y por su intermedio con el bipartidismo. De contera es un militar temeroso en extremo de suscitar el recelo de la jerarquía eclesiástica. Por ello se repetirá durante su gobierno el espectáculo de unos entusiastas y ambiciosos

dirigentes políticos que invitados con halagos a tomar parte del baile se les cambia la música y se les deja plantados en mitad de la ejecución. Ese fenómeno es muy importante por cuanto ha jugado más allá de la experiencia de la ANAPO un papel importante en los ensayos de alternativas al bipartidismo. Son las trampas de aquello que Daniel Pecaú denominó el “inconsciente bipartidista”. A mi juicio en la disolución final de la ANAPO a finales de los años setenta ese factor jugará un rol importante.

En el interesante ejercicio de genealogía política que el autor desarrolla a propósito de las corrientes que en la primera etapa confluyeron en las empresas políticas rojistas, se encuentran estudios monográficos que por sí solos tienen interés para la comprensión de la historia política del país. Me parece advertir sin embargo, que el autor descuida el papel que juega el alquimista de turno en la realización de la fórmula. No compartiría el optimismo de Ayala para ver en los experimentos organizativos inspirados por Rojas- Pabón Núñez, promesas frustradas de laicización y secularización de la vida política. Al respecto quisiera anotar que a veces el espíritu innovativo del autor lo conduce a usar ciertas categorías establecidas con un toque personal que cambia la acepción con la cual suele identificárselas en las ciencias sociales. En tales casos la originalidad avanza a contrapelo de la claridad en el uso de ciertos conceptos.

La tolerancia política a la cual el autor asocia las tentativas de creación de una organización política no se aviene bien a ciertas determinaciones de la Dictadura como la persecución a sectores campesinos y obreros. Ayala no encontró necesario mencionar que por iniciativa personal de Rojas Pinilla, un partido político, el Comunista, fue declarado por fuera de la ley, en un acto oficial de consagración del delito de opinión.

Para el período posterior al Gobierno de Rojas, César Ayala, con atento cuidado, desmadeja los hilos que van tejiendo el entramado populista, la imagen del General perseguido y vejado por una oligarquía congestionada por el rencor, la idealización del pasado reciente contrastada con los altos precios y el desempleo que acompañaron al Frente Nacional, los ingredientes de una evolución conservadora hacia cierto solidarismo cristiano en la vertiente de Alzate Avendaño, la fidelidad a una visión tradicional con aristas críticas hacia el capitalismo, son, entre otros, los ingredientes que permitirán que el rojismo entre en su etapa propiamente populista.

La cuidadosa lectura de los resultados electorales de la ANAPO, sus comparación con las votaciones anteriores, por municipios, muestran los puentes que para la primera etapa estableció el rojismo con las bases conservadoras. Esas continuidades se dan la mano con el registro de novedades

que colocan al autor a notable distancia de quienes ven al populismo anapista como una variante del conservatismo tradicional. En su juicio el populismo de los años sesenta es un alternativa política que si bien es comparable con las variantes que florecieron en otras latitudes, presenta rasgos peculiares tomados de la cultura política en Colombia.

Una de las virtudes del trabajo la constituye precisamente la perspectiva comparativa, practicada de manera escasa, hasta ahora por la historiografía nacional.

Todas las corrientes de oposición al Frente Nacional son presentadas con sus especificidades doctrinarias y sus estilos políticos durante la primera mitad de los años sesenta. El contrapunto de esas corrientes con la evolución de la ANAPO le confiere una fuerte animación al cuadro global y adelanta elementos que explican la suerte corrida por esas formaciones políticas. En el libro el lector encuentra luces nuevas sobre corrientes ya estudiadas como el MRL. Otras como el Movimiento Nacional Popular Gaitanista o el Frente Unido de Acción Revolucionaria FUAR son por primera vez sometidos a un tratamiento académico. Así, los dos libros publicados por César Ayala asumen la condición de un vademecum sobre la oposición política en Colombia en la segunda mitad del siglo XX.

Pensando en una observación de conjunto se quisiera ver más desarrollado en el libro el contexto global que enmarca los procesos políticos. Es cierto que éste aparece, pero de manera fugaz y a menudo introducido por la voz de los protagonistas antes que en función de un análisis explícito.

La obra de Ayala sobre oposición y populismo enmarcadas en las coordenadas del sistema bipartidista tiene una evidente significación metodológica y política. Sus libros brindan valiosos elementos para comprender el proceso político colombiano y las realidades actuales. Es por ejemplo un sólido lugar común en los análisis de historia económica afirmar que en la medida que en Colombia se ha evitado la consolidación de un movimiento populista, se ha preservado la continuidad de las políticas económicas, vale decir la ortodoxia económica. Pero a qué costo?. Esto último está por evaluar. El comportamiento altamente regresivo de la distribución del ingreso debe llevar a preguntar a qué sectores sociales ha favorecido la relativa buena estrella de la economía, cuál es el peso específico demográfico de los sectores que se han beneficiado de la juiciosa obediencia a las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional? Al pensar en los costos políticos me permití en el prólogo al libro de Cesar Ayala señalar lo siguiente: "LLama la atención que la disolución de las dos grandes movilizaciones populistas del siglo XX en Colombia: el gaitanismo y la ANAPO, correspondan a los momentos del desencadenamiento

de dos procesos de violencia: la que se precipitó sobre el país desde finales años cuarenta y aquella cuya escalada se inició a finales de los años setenta. Será ese hecho la manifestación de una coincidencia o existe una relación interna entre los dos tipos de fenómenos? Con la obra de Ayala estamos hoy en mejores condiciones de afrontar esos o similares interrogantes.

La frustración reiterada del populismo en Colombia permite que el fenómeno siga proyectándose sobre la conciencia de grandes sectores del pueblo colombiano. Por ello en Colombia la carta del populismo no se ha agotado. Por otro lado y por fuera de mi voto en favor de una experiencia de reforma democrática en los planos económico social y político no podría menos le afirmar que contra el telón de fondo de las relaciones clientelistas, forma privilegiada de comunicación de políticos y masas en el bipartidismo colombiano, vale bien librada la fórmula trinitaria que es inherente a todo populismo: personalismo carismático - gestión-movilización.

Resta señalar que tanto el libro que estoy reseñando como el anterior del mismo autor han sido el producto de proyectos de investigación diseñados y realizados por el profesor Ayala dentro de un espacio de cooperación intelectual que bajo la denominación de Línea de Investigación en Historia Política se creó hace ya varios años en el Departamento de Historia de La Universidad Nacional. En ese mismo espacio se realizó la investigación cuyos resultados se recogen en el libro de Orlando Villanueva Martínez: *Camilo: Acción y utopía*, publicado en 1995. En el futuro aparecerán nuevos títulos originados en ese programa de investigación. Esa articulación de proyectos permite formular metas a largo plazo bajo el empeño nada modesto de incrementar el corpus empírico y teórico de la investigación en Historia política de Colombia que permita en el futuro la formulación de una teoría de alcance medio sobre el sistema político colombiano.

Medófilo Medina

Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia.

Lola G. Luna - Norma Villarreal. *Historia, Género y Política. Movimientos de Mujeres y Participación Política en Colombia, 1930-1991*. Barcelona, Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad — Universidad de Barcelona— CICYT. 1994. 205 páginas.

El extenso título refleja la composición del libro: dos trabajos independientes en los cuales las autoras adelantan su exposición desde perspectivas diferentes. Lola Luna desenvuelve su síntesis en un plano teórico-metodológico al paso que Norma Villarreal ensaya una narrativa sobre la participación política de la mujer en Colombia.

Al comienzo de su ensayo, “Historia, género y política”, Lola Luna señala que la historia social y la llamada “historia de los de abajo” desbrozaron el campo de la historia de las mujeres. La primera por su sensibilidad frente a las desigualdades y la segunda por su vocación para la incorporación al análisis histórico de nuevos actores y de las relaciones políticas no formales. En muy corto tiempo la historiografía feminista pasó de la tarea de recuperación de la presencia de las mujeres en la historia, hacia empeños más propositivos y por supuesto más ambiciosos. Se trata de la búsqueda de un nuevo conocimiento histórico mediante el estudio de las diferencias de género.

En particular, la historia de las mujeres está llamada a jugar un papel decisivo en la renovación de la historiografía política. Para ello, según el juicio de la autora, un dispositivo privilegiado lo constituye el concepto de género cuyo contenido es eminentemente político. Por el camino del estudio del papel de la diferencia sexual se llegará al núcleo de toda historia política: el problema del poder. Según Joan W. Scott, cuya posición teórica suscribe la autora, es preciso desplazar la producción del centro del análisis, posición que sería característica del marxismo, para colocarlo en las relaciones de poder. El intento es plausible sin necesidad de desconocer, como de manera implícita lo hace Lola Luna, que categorías como relaciones de producción, clases sociales remiten a la cuestión del poder. La novedad del proyecto teórico de Scott radica en situar el género como el espacio de constitución de esas relaciones de poder. Mostrar hasta dónde se llega por ese camino, agregaría yo, será función de la investigación empírica y teórica.

Luna presenta los diversos momentos en el estudio y la controversia sobre el patriarcado cuya definición formula en términos de Kate Millet: “...como una institución construida en base a la fuerza y la violencia sexual (con la violación como mecanismo principal) ejercida sobre las mujeres. Una institución revestida de aspectos ideológicos y biológicos, que tiene que ver con la división social, los mitos, la religión, la educación y la economía”. En la obra de Millet

se destacó el enfoque político que habría tendido a ser desplazado por otras investigadoras en favor de enfoques basados en conceptos como la opresión, las clases. En este caso el análisis, a juicio de la autora, pierde agudeza por cuanto desdibuja a la mujer como sujeto histórico para subsumir su papel en la desigualdad propia de las clases. Más recientemente el debate ha vuelto a tomar con decisión el punto de vista político.

Conocedora cabal del proceso político y académico vivido por el feminismo en América Latina, Lola Luna presenta en su exposición el itinerario de los estudios y debates sobre las mujeres en la región. No obstante que se trata de una apretada síntesis, en ella se da cuenta tanto de los avances globales como de las particularidades por países. De los varios aspectos que se abordan quisiera tan solo destacar algunos. La discusión sobre el patriarcado y el poder masculino no han sido centrales. Los aspectos más favorecidos por la controversia fueron los de orden estructural: la reproducción y la división sexual del trabajo. Eso fue lo prevaleciente en los años ochenta. En los noventa irrumpió el género en la controversia. En algunos trabajos cuyos aportes la autora destaca se aborda la condición teórica del género en la doble acepción de la relación entre lo masculino y lo femenino y en la identificación de la diferencia. En otros, se asume el reto de la formulación de una teoría feminista.

Con respecto a la historiografía sobre las mujeres en América Latina se identifican tres momentos: primero, el rescate de las mujeres en los procesos históricos, segundo los estudios que relacionaban género y clase, tercero, articulación triangular de género, clase y raza. Al tiempo la atención se ha orientado al estudio de las particularidades y paradojas de la mujer en el proceso de la modernidad en América Latina.

El trabajo de Lola Luna constituye una puesta a punto sobre el desarrollo del pensamiento feminista y sobre los resultados de la investigación global sobre las mujeres en el plano de los estudios históricos con especial referencia a América Latina. Un lector especializado tiene un útil marco de referencia para su trabajo al paso que el neófito puede acceder a una síntesis que de manera competente lo introduce a todo un campo de reflexión e investigación. En la masa de literatura que se cita predominan los artículos, ponencias y libros de debate, frente a ellos, las obras de investigación empírico teórica están escasamente representadas. Desde luego ello no es un vacío del trabajo de Lola Luna, sino el sintomático reflejo de la situación objetiva. Lo deseable sería que la intensidad de los debates corriera pareja con avance de la investigación sobre problemas y períodos en el vasto campo de la historia de las mujeres. Solo por ese camino podrá el feminismo hacer efectivas su apuesta de transformación de la historia como disciplina.

La segunda parte del libro: *movimientos de mujeres y participación política en Colombia, 1930 - 1991* corresponde a Norma Villarreal Méndez. Se trata de una presentación global de la lucha de las mujeres en Colombia por sus derechos económicos, sociales y políticos a lo largo del periodo comprendido entre 1930 y 1991. La exposición se divide en cinco partes precedidas por un breve capítulo de antecedentes dedicado a los primeros decenios del siglo XX. Al comienzo señala la autora la actividad literaria y periodística como un campo en el cual las mujeres encontraron un espacio de afirmación, traza un bosquejo impreciso de la participación de las mujeres en los nacientes movimientos sociales. La autora menciona las Conferencias interamericanas celebradas en Chile en 1923 y en Cuba en 1928 por haberse avanzado en ellas en la discusión de una legislación encaminada a abolir algunas formas de la desigualdad de las mujeres. La referencia a los eventos internacionales se reiterará a propósito de los diversos periodos en la medida en que tales eventos se constiuyen en una presión para aquellos países que como Colombia no han estado en la vanguardia en materia de participación política de la población.

Para los años treinta y comienzos de los cuarenta la autora se detiene en los avances consagrados en la legislación colombiana en materia de derechos civiles de la mujer, la Ley 28 de 1932 que dio el derecho a la mujer casada de manejar sus bienes, fue un comienzo. Le seguirían conquistas en la legislación social y en el campo de la educación. Si bien estas reformas ya habían sido señaladas en otros trabajos, Villarreal las relaciona con la actividad política de las mujeres. De manera acertada toma ese tipo de legislación como uno de los indicadores de los alcances del proceso de modernización del país. Uno de los primeros eventos femeninos que se reseña es el cuarto Congreso Internacional Femenino de la denominada Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, celebrado en Bogotá del 17 al 26 de diciembre de 1930. Entre las ponentes en el congreso se destaca Ofelia Uribe quien se constituyó en una de las figuras más destacadas del feminismo colombiano a lo largo del siglo XX. La principal tribuna de Ofelia Uribe, aunque no la única, fue la revista *Agitación Femenina*. Habría que señalar que un mérito importante del trabajo que estoy reseñando es el del rescate para la historiografía contemporánea de un cúmulo de fuentes que hasta ahora se habían ignorado por parte de los historiadores.

Para los años cuarenta y cincuenta, el núcleo de la exposición lo constituyó el movimiento de las mujeres por el derecho al voto. Se describen las iniciativas de las sufragistas, los espacios en los cuales desplegaron su acción: partidos, sindicatos, barrios, se analizan sus organizaciones nacionales: la Unión Femenina de Colombia, dirigida por mujeres como Hilda Carriazo y vinculada a sectores sociales medios y altos y Alianza Femenina encabezada

por Mercedes Abadía y Lucía Querales, organización especialmente relacionada con los medios sindicales y obreros de la ciudad y del campo.

A propósito del voto femenino el lector podrá ver en acción a las distintas fuerzas políticas: el Gobierno, se trata del segundo de López Pumarejo, la Iglesia, los partidos, tanto los tradicionales, como el Partido Socialista Democrático. El período más reformista del siglo XX, el comprendido entre 1930 y 1945 concluyó sin que se hubiera avanzado en materia de derechos políticos para las mujeres. La posición más avanzada dentro del liberalismo, la del populismo gaitanista, apenas dio lugar a un limitado gradualismo.

Sorprende que el derecho de las mujeres al voto se hubiera aprobado durante la Violencia, bajo un gobierno autoritario, por un aparato de legitimación de la dictadura: la Asamblea Nacional Constituyente (Acto legislativo número, 3 del 25 de agosto de 1954) y en un tiempo en que las elecciones democráticas eran apenas una nostalgia. En la exposición el lector encontrará documentadas razones de esas paradojas. En los hechos, cuando la forma plebiscitaria de diciembre de 1957 incluyó entre sus puntos el asunto de los derechos políticos a las mujeres el voto de estas era una irreversible realidad.

La autora no oculta su desencanto con los resultados originados en la conquista del derecho al voto. “La obtención del voto, señala, no modificó la dominación sin competencia del varón y su ideología en el espacio público y privado”.(pág. 144). La actitud de confrontación se debilitó en favor de la propensión a la negociación.

En la exposición de Norma Villarreal se constata que con respecto a las mujeres, los partidos tradicionales buscaron desarrollar el mismo tipo de conducta que la adoptada con respecto a otros movimientos sociales: reproducir las simetrías bipartidistas. Por otro lado el Partido Comunista ofrecía su alternativa de organización femenina: la Unión de Mujeres Demócratas, UMD.

La elección de mujeres a los cargos de representación en los cuerpos colegiados, de todos modos reducidísima, contribuyó según lo advirtieron en su momento algunas lúcidas dirigentes, a la apatía de las organizaciones feministas en la medida en que la escogencia de las candidatas se determinaba por el juego partidista antes que por la fuerza del movimiento.

Resulta interesante la descripción que hace la autora de las confrontaciones entre los distintos sectores políticos a propósito de las nuevas reivindicaciones de diversos núcleos del movimiento de mujeres: el derecho al aborto, el matrimonio civil, la planificación familiar.

En plan de síntesis la autora recoge la diversidad de orientaciones y de formas de acción que caracteriza al movimiento de las mujeres desde finales de los años setenta. Dentro de las diversas tendencias destaca a las feministas con militancia política y a las feministas autónomas. Sobre la diversidad la autora

creo advertir el fortalecimiento de la autonomía del nuevo feminismo caracterizado por su rompimiento con los partidos y por su opción por un espíritu más independiente y crítico. La exposición se cierra con el balance de la movilización de las mujeres alrededor del proceso de la adopción de la Constitución de 1991 y con el análisis de aquellos artículos que en la nueva Carta consagran derechos y principios favorables a las mujeres.

Suscitan reparo algunos aspectos de la exposición. Con frecuencia no resulta afortunada la contextualización de la acción política de las mujeres en los diversos períodos. Se tiene la impresión al respecto de cierto mecanicismo e incluso simplismo. No faltan afirmaciones incomprensibles como la siguiente: “Durante sólo el mes de marzo de 1948, el costo de la vida de una familia promedio de trabajadores pasó del 17.3% a 283.8%” pág. 124. Se trata de un dato erróneamente tomado de Gerardo Molina. Si bien, Norma Villarreal es muy diligente en la incorporación de fuentes primarias, su cuidado es menor en el uso de la literatura histórica preexistente. Es posible que cierto subjetivismo la haya llevado a descartar bibliografía que sin embargo le hubiera podido aportar a su propio trabajo. A veces se advierte la propensión al anacronismo. El deseo lleva a la autora a darle cierta ayuda histórica al feminismo al valorar algunas manifestaciones de las protagonistas de los años veinte y treinta desde claves interpretativas que solo cobrarían vigencia en los años ochenta.

Desde luego observaciones como las anteriores no disminuyen la importancia y el valor que para el conocimiento histórico tiene el trabajo de la autora no solo con respecto a la historia de las mujeres sino en relación con la historia política del país.

En su conjunto el libro se constituye en una referencia historiográfica notable. Es innegable que también en Colombia las investigaciones sobre las mujeres se están incrementando de manera acelerada. Sin embargo, Luna y Villarreal realizaron una síntesis teórica e histórica que hasta la publicación de la obra que aquí he reseñado, no se había llevado a cabo en el país. No obstante que el libro consta de dos partes muy diferenciadas, no pierde su condición orgánica en la medida en que el discurso teórico de la primera parte y la narrativa histórica de la segunda están unidas por una especie de eje metodológico que es la concepción del papel histórico de las mujeres desde la óptica de la política y del Poder.

Medófilo Medina
Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia.

Zamira Díaz López, Oro, sociedad y economía. El sistema colonial en la Gobernación de Popayán: 1533 - 1733. Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1994. 318 págs.

Guido Barona B. La maldición de Midas en una región del mundo colonial. Popayán 1730 - 1830. Cali, Fondo Mixto de Cultura del Cauca - Universidad del Valle, 1995. 335 págs.

Casi en forma simultánea y quince años después de que apareciera en 1979 el libro fundamental de Germán Colmenares sobre este tema (*Popayán: una sociedad esclavista, 1680-1800*), se publican ahora estos dos trabajos de historia económica, de los investigadores de la Universidad del Cauca, profesores Díaz y Barona, en los cuales se analiza la economía regional de la Gobernación de Popayán durante la colonia.

Sus investigaciones desarrollan y complementan, cronológica y temáticamente, obviamente sin agotarlas, las aportaciones y caminos abiertos por Colmenares. No obstante sus perspectivas y métodos de estudio diferentes, también entre Díaz y Barona existen algunas complementariedades, de tal manera que, donde concluye cronológicamente hablando el estudio de Z. Díaz, empieza el de G. Barona. Considerados de conjunto, los trabajos de Díaz y Barona realizan el estudio de un amplio y significativo período de trecientos años de dominio colonial, caracterizado por el predominio de las actividades mineras, realizadas con base en mano de obra esclava, a partir de lo cual se definieron el conjunto de las conexiones y relaciones en la Gobernación de Popayán, totalidad esta que Colmenares sintetizó como una “sociedad esclavista”. Como es sabido, el estudio de Colmenares se propuso “exponer en detalle la naturaleza de estas conexiones”, aunque dándole especial “prelación al estudio de la esclavitud” (1979: 21).

Por su parte, la investigación de Zamira Díaz se propuso el estudio “de la minería aurífera en la región como una empresa, desde la llegada de los primeros conquistadores y colonizadores, y su prolongación durante el período colonial” y el texto constituye, según la propia evaluación de la autora, “el primer estudio exhaustivo sobre la producción minera en la región” (Introducción: 15-16).

De otro lado, los objetivos que se propuso Barona resultan más ambiciosos. En efecto, a partir de la reconstrucción de las condiciones de la economía regional (espaciales, geográficas, demográficas, los caminos), de las características y ritmos de la economía del oro y de su impacto en el conjunto de la economía regional, lo que de fondo le interesa al autor es arribar a una

caracterización teórica del sistema económico regional, buscando dar una respuesta a la pregunta de cómo “se estructuraron regiones internas dentro de un vasto espacio caracterizado por su dependencia a una metrópoli que a través de su subordinación y la de otros territorios, luchaba por conservar su hegemonía mundial” (A manera de conclusión, pág.285).

El estudio de Z. Díaz se centra en el primer ciclo del oro de los siglos XVI y XVII, aunque se refiere también a las primeras décadas del segundo ciclo del oro que conduce al renacimiento de la economía minera en la región a lo largo del siglo XVIII. Una perspectiva de larga duración para abocar el estudio de estos doscientos años, le permiten a la autora rastrear la empresa minera y demostrar que ella se presenta como una constante de la configuración de la sociedad regional, de la implantación del sistema colonial y de ampliación de la frontera colonizadora.

Cabe destacar el manejo sistemático y exhaustivo de fuentes primarias en que la historiadora Zamira Díaz soporta sus hipótesis y líneas de trabajo: los documentos de Fundición Real y Encomiendas (Archivo Central del Cauca, Popayán) y de Real Contaduría- Popayán (Archivo General de Indias, Sevilla, España).

No obstante el fuerte peso de información cuantitativa de este estudio de historia económica, se entreabren algunas ventanas para correlacionar con campos de trabajo de la historia social: la crisis demográfica de los indígenas y las condiciones de trabajo y asociación que tuvieron, la formación de élites políticas y el ejercicio de cargos públicos monopolizados por una sola familia, la conformación de los latifundios mediante la composición de tierras, la evolución de la encomienda y las diversas estrategias de los encomenderos para tratar de mantener sus prerrogativas, las características y peculiaridades de los pueblos de indios y la reducción de la población aborigen.

Por supuesto y no obstante los aportes de esta investigación, que tiene un carácter más “estructural” que de detalle, siguen vigentes viejas e inquietantes preguntas, de las cuales es muy conciente la autora, bien sea por las dificultades que presenta el manejo de las fuentes cuantitativas, o por el estado de la cuestión, tales como: Cuál fue el volumen efectivo de la producción minera? Cuánto de ese volumen llegó realmente a España y cuánto se quedó en la Nueva Granada? Cuál fue el peso del contrabando? Cuál fue la rentabilidad de las empresas mineras? Qué tan ricas fueron las familias mineras y cómo medir esa riqueza? Acaso estableciendo una relación entre el número de esclavos que poseían y las minas ?

En la perspectiva de G. Barona —que combina el análisis económico con el de historia económica, recurriendo a muy diversas fuentes primarias y

secundarias—, el eje articulador de la investigación deviene, en mi opinión, en la explicación y comprensión del espacio regional, en el cual se desplegó la economía regional. En el capítulo 1 el autor logra, de la mano de la geografía económica (conceptos de “espacio”, “frontera”, “economía mundo”, “centro y periferia”, entre otros) y de la demografía histórica, una relectura interesante de la provincia y Gobernación de Popayán durante el período colonial, al tiempo que propone en forma sistemática su hipótesis global, que los otros tres capítulos complementan: en ellos, la economía regional se explica como “una resultante y no un punto de partida, de economías subregionales, algunas de las cuales estuvieron integradas entre sí, y con otras de naturaleza casi autárquica que comprometieron a muy reducidos núcleos de población” (pág. 23-24). No siendo “un todo homogéneo” su economía regional, la imagen que resulta de la Gobernación de Popayán es la de un mosaico, la de un archipiélago de conjuntos productivos relativamente integrados, actuando en medio de amplios espacios “vacíos” que tuvieron escaso peso en el conjunto de la economía de la Gobernación y del Virreinato.

De acuerdo con la argumentación de Barona, la geografía económica y política de la Gobernación estuvo entonces multideterminada: por los condicionantes propios de la “economía mundo”, por los intereses locales y regionales, por las características ecológicas de sus territorios y por la riqueza en metales preciosos contenidas en ellos (pág. 24). El texto, de conjunto, constituye un notable y novedoso esfuerzo por integrar al análisis explicativo este conjunto de factores determinantes de la especificidad regional.

Ahora bien, considerando que de esta investigación resulta un modelo explicativo sobre las características peculiares que definieron a la economía regional de la Gobernación de Popayán en el contexto del mundo colonial iberoamericano, haría falta una explícita perspectiva comparativa que permita captar mejor dichas especificidades así como similitudes con otros espacios de ese mundo colonial.

LLama la atención, después de compulsar los logros de los estudios de Díaz y Barona, la fuerza e influencia que aún conserva una afirmación de Colmenares, en el sentido de que “el punto focal” por excelencia de los estudios históricos para la Nueva Granada no lo constituye el espacio urbano, con sus privilegios político-administrativos y simbólicos, sino “las zonas de frontera”. Razón por la que sugirió, para el caso concreto de la Gobernación de Popayán, que la mirada del historiador debía dirigirse hacia sus distritos mineros en el siglo XVI (Anserma, Cartago y Arma) y XVII (en el curso del Atrato-San Juan, al norte y las minas de Dagua, Raposo, Iscuandé y Barbacoas, al centro-sur), los reductos de resistencia indígena en la cordillera Central a comienzos del

siglo XVII y hacia la región chocoana en el curso del siglo XVIII (Colmenares: 1979: 13). Justamente, esta sugerencia es atendida a cabalidad por Díaz y Barona y es en buena medida de estos asuntos que se ocupan sus exploraciones.

No obstante lo afirmado por Colmenares en su momento, pero al tiempo advertidos de su intención de reformular y ampliar sus iniciales puntos de partida y, teniendo en cuenta los resultados de estas dos recientes investigaciones, debemos seguir a la espera de nuevos estudios que establezcan una relación más clara e interactiva entre la economía minera del suroccidente colombiano y la construcción del centro urbano de Popayán, lugar de residencia principal de la familias prestantes y de los poderes civiles y eclesiásticos y, en consecuencia, también el lugar por excelencia de las construcciones discursivas y de las representaciones mentales de sus sectores sociales hegemónicos.

Oscar Almario G.

Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia

Sede Medellín.